

EL AMIGO DE LA INFANCIA.
PERIÓDICO ILUSTRADO

AÑO VII.

MADRID 4.º DE JUNIO DE 1880.

NUM. 75.



RUT, LA ESPIGADORA.

RUTH, LA ESPIGADORA.

Habia una grande hambre en Canaan; un padre de familia, de mediana fortuna, se vió obligado á emigrar á Moab, país vecino y pagano, en donde se casaron sus dos hijos con hijas de aquella tierra.

Primero murió el padre; los dos hijos le siguieron pronto, y quedó la pobre viuda sola con sus dos hijas políticas; en tan aflictiva situación, resolvió volver á su país natal, por no poder sufrir más su triste soledad en la tierra pagana. Sus dos nueras la acompañaron hasta la frontera, en donde la suegra las despidió con palabras de cariño y gratitud, exhortándolas á que volvieran á sus respectivas familias. Obedeció la primera, y dejó, aunque sollozando, á su madre; mas la otra, llamada Ruth, no quiso abandonarla en modo alguno.

En vano trató esta de disuadirla, pintándole la triste suerte que le esperaba en un país extraño, sin medios de subsistencia, al lado de una pobre anciana, y en medio de gentes de otras creencias religiosas. Ruth contestó decidida: «No me ruegues que te deje y me aparte de tí; porque donde quiera que tú fueres, iré yo; y donde quiera que viviéres, viviré. Tu pueblo es mi pueblo, y tu Dios mi Dios. Donde tú muriéres moriré yo, y allí seré sepultada. Así me haga el Señor y así me dé, que sólo la muerte hará separación entre mí y tí.»

Insigne ejemplo de amor filial y de inquebrantable constancia y cariño. ¡Cuántos niños cristianos han de ruborizarse ante la conducta observada por esta pagana, por la ingratitud y desobediencia con que pagan á sus padres el mucho cariño y los continuos beneficios que estos les prodigan!

¡Bella recompensa también de la instrucción y enseñanza que la anciana había dado á su nuera en la verdadera religión, de modo que resuelta dejó atrás los ídolos que veneraba toda su familia, acatando de lleno al Dios de Israel!

La suegra, conmovida por tan firme resolución, abrazando á su hija le permitió que la acompañase.

(Se concluirá.)

DIOS AMA Á LOS NIÑOS MALOS.

En una escuela dominical hizo el profesor á sus discípulos la siguiente pregunta: «¿A qué niños ama Dios?»

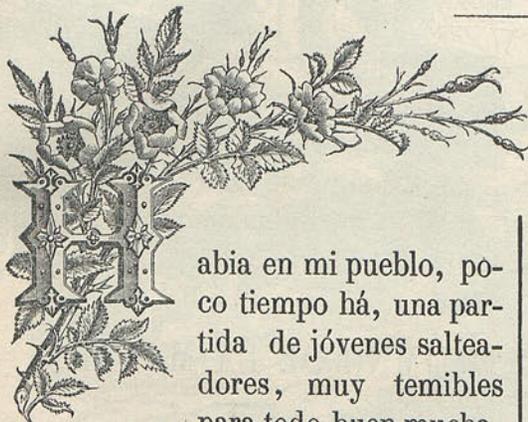
«A los buenos,» contestaron algunas voces.

El maestro calló por algunos momentos; y los niños ansiaban curiosos oír lo que él diría sobre la contestación. Por fin dijo: «Dios ama á los malos.» Toda la clase se sorprendió ante tan inesperadas palabras; y una niña pequeñita le preguntó si efectivamente esto era así. Después de haber convencido el profesor á sus alumnos sobre esta verdad que en la Escritura está, como por ejemplo:—

«Dios ama al mundo»—y ninguno en él hace lo bueno, ni uno solo, le interrumpió dicha niña con lágrimas y le

dijo:—¡Oh! estoy muy alegre, muchísimo, el Señor me ama á pesar de ser yo una perversa criatura!

MALA COMPAÑIA.



abia en mi pueblo, poco tiempo há, una partida de jóvenes salteadores, muy temibles para todo buen muchacho. Pues aunque ellos no sorprendian ni robaban á ningun desprevenido viajero, trataban de pervertir á bravos y fieles jovencitos, y robarles su buena conciencia.

Semejantes seductores y ladrones de almas son más temibles que los salteadores de caminos.

Ya habian logrado seducir á dos. La partida se componia ántes de dos personas, José y Pablo, perversos é indisciplinados muchachos que se habian propuesto no ir á la escuela. Pero no se bastaban á sí mismos, sino que querian, en cuanto les fuera posible, inducir á otros á la perversion; por lo tanto, probaron su malicioso arte en Jacob y Enrique que encontraron en el camino de la escuela.

Muy fácilmente lograron su intento. José tenia un tío que era conductor de

un tren de mercancías, el cual debía esperar en la estacion vecina el cruce y paso de un tren correo. Este los llevaria hasta una pequeña ciudad, distante 3 leguas, en la que en este dia debía abrir su exposicion al público un circo de fieras. El sol lucía con esplendor, el suelo del bosque se hallaba cubierto de yerba, los pájaros cantaban alegremente, las flores exhalaban su perfumado olor, y la escuela estaba húmeda y lóbrega: pero, sin embargo, no les bastó esto, sino que el pensamiento de ver un circo con todos sus feroces animales, sobrepujó á todas las demás reflexiones de los ligeros muchachos. Pusiéronse á echar sus planes.

En este momento pasaba Ricardo por allí con su mapa, y su paquete de libros.

«Hé... Ricardo... ven con nosotros y podrás ver todos los animales que iban en el arca de Noé; muchos más que los que están en tu tonta historia natural.»

Pero Ricardo no se paró; tranquilo en medio de la burla y escarnio que

ellos le hacían, siguió sin pararse su camino. El conocía el proverbio:— «*Aunque te llamen y te halaguen los muchachos locos, no debes seguirlos.*» De buena gana hubiera visto el circo con sus animales, pues era su afición favorita; pero con semejante sociedad y de aquella manera, bajo ningún concepto los quería ver. Pero no dejó de sentir la aquiescencia y ligereza de su primo Jacob.

Por fin llegó el tren, y los muchachos obtuvieron permiso del tío de José para marchar. Aquello fué magnífico. En un instante se hallaron en la ciudad, donde pronto descubrieron el gran circo. Sin embargo, se encontraron con que la que hasta entonces había sido libre exposición, se hallaba ya cerrada, y solo con billete de pago se podía ver. Dinero no tenían; así es que probaron á escurrirse dentro sin pagar.

Pero no les fué tan fácil hacerlo. Cuando ellos creyeron descubrir un agujero apropiado por el que podrían introducirse, fueron sorprendidos por un agente del circo, el cual sacudió contra ellos su largo látigo poniéndolos en precipitada fuga. Ellos se rascaban las espaldas, pues el latigazo les había alcanzado y producido dolor. Oyeron desde fuera el alegre bullicio de la muchedumbre y el aullido de las fieras, y vieron las oleadas de gente entrar y salir; pero no pudieron disfrutar de nada.

(Se concluirá.)



HIMNO DE LA MAÑANA.

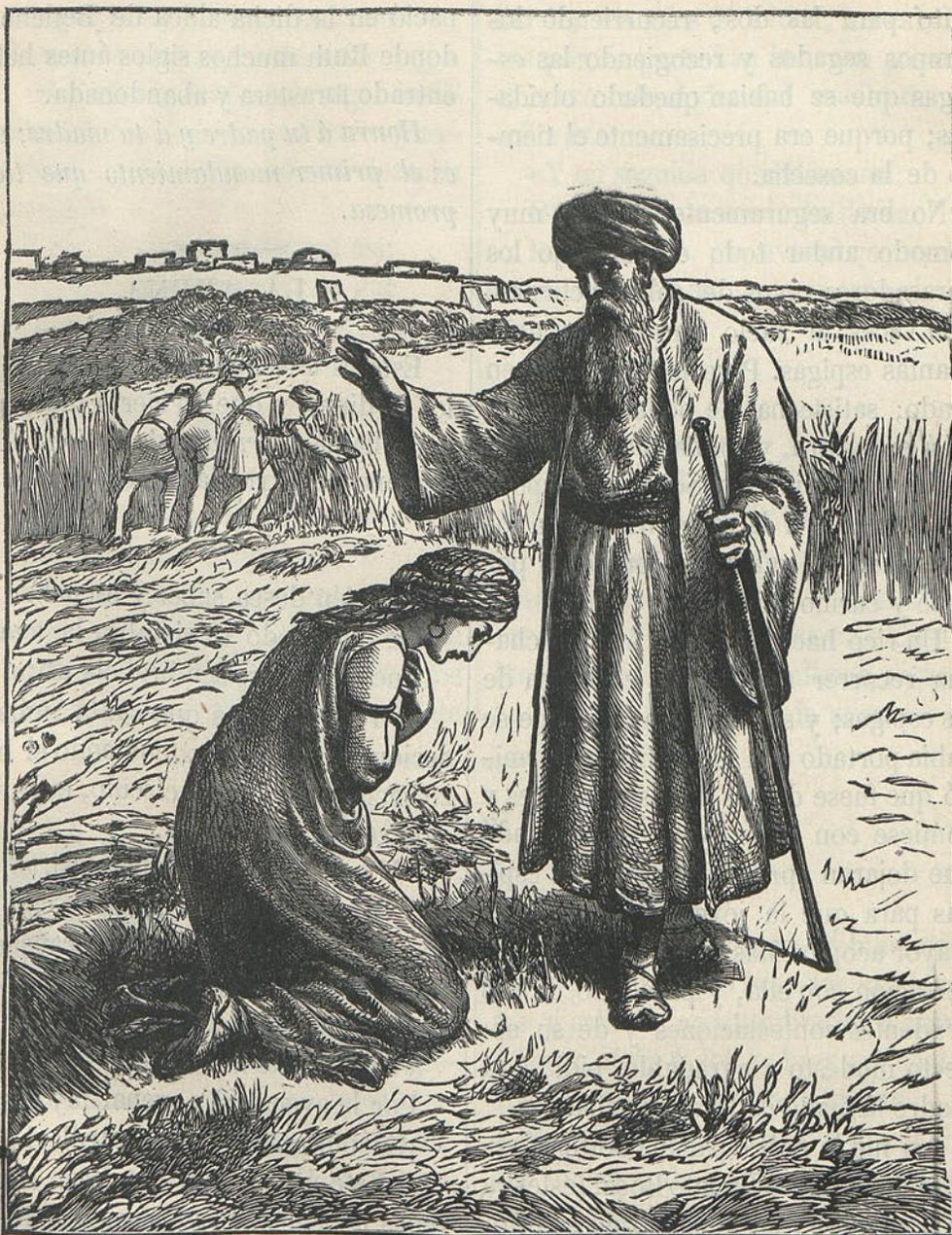
Brillando está ya en el cielo
La estrella que anuncia el día:
Demos gracias al que envía
La vida y la luz del cielo.

Demos gracias al Señor
Que tras horas de reposo,
El mundo nos vuelve hermoso
Del alba con el color.

Démosle de gratitud
Señales su ley siguiendo,
Y con himnos bendiciendo
Su bondad y su virtud.

Hagamos porque al volver
La noche quieta y oscura,
Gracias, con el alma pura,
Le podamos ofrecer.





RUTH, LA ESPIGADORA.

(CONCLUSION.)

Fueron las dos mujeres á Betlehem, (en cuyo pueblo la madre tenia algunos aunque lejanos parientes,) en la

esperanza de que estos la socorrerian. Pero por lo pronto se engañó; y la jóven Ruth tenia que procurar el sus-

tento para las dos, recorriendo los campos segados y recogiendo las espigas que se habian quedado olvidadas; porque era precisamente el tiempo de la cosecha.

No era seguramente trabajo muy cómodo andar todo el día bajo los abrasadores rāyos del sol, é inclinarse cien veces al suelo para coger unas cuantas espigas. Pero lo hizo de buen grado, satisfecha de poder mantener así á su suegra, y confiada de que Dios no las olvidaria. Y el Señor correspondió fielmente á la esperanza de la jóven, dándole valiosa recompensa por su fé y cariño filial.

Un rico hacendado vió á la muchacha recorrer sus campos en busca de las espigas; y sabiendo lo bien que se habia portado con su madre, le permitió que fuese detrás de los segadores y comiese con ellos; y á estos mandó que dejaran apropósito caer más espigas para que la jóven pudiera hacer mayor acopio. Más tarde entró en conversacion con ella, y prendado de sus prudentes contestaciones y de su aspecto modesto y agradable, pidió á la madre la mano de la muchacha.

Así fué la pobre pagana Ruth la esposa del rico y estimado Booz, (este era su nombre,) y su fidelidad no sólo logró aliviar la triste suerte de la afligida madre, sino que á ella misma trajo abundante recompensa.

De los descendientes de esta pagana fueron los insignes reyes David y Salomon, y el mismo Salvador, que

nació en la dicha aldea de Betlehem, donde Ruth muchos siglos ántes habia entrado forastera y abandonada.

Honra á tu padre y á tu madre; este es el primer mandamiento que tiene promesa.

LA AVENA.

Esta es una rueda que se baila en los jardines, y que en cierto modo podría llamarse *rueda de accion*. Una persona de la rueda canta:

I.

«¿Quién desea saber y escuchar
De qué modo se siembra la avena?
Pues mi padre sembrábala así;»

Y la persona que canta imita la accion de sembrar extendiendo el brazo hácia el medio del círculo, cuya accion repiten los demás.

«Y en seguida quedábase así:»

Todo el mundo se pone con los brazos cruzados como descansando lánguidamente. Luego se cogen todos de la mano diciendo:

«Otra vuelta la rueda ha de dar
Por la avena. ¡Ay avena! ¡ay avena!
¡Cuánto anhelo poderte trillar!»

Este último verso lo dicen las jóvenes haciendo un movimiento de cabeza que revela una dulcísima amenaza. Y vuelve á empezar la pantomima, cantando:

II.

«¿Quién desea saber y escuchar

De qué modo se siega la avena?

Pues mi padre segábala así:»

Se imita la accion de segar incli-
nándose hácia el medio del corro y ex-
tendiendo el brazo derecho de derecha
á izquierda.

«Y en seguida quedábase así;
Otra vuelta la rueda ha de dar
Por la avena. ¡Ay avena! ¡ay avena!
¡Cuánto anhelo poderte trillar!»

III.

¡Quién desea saber y escuchar

De qué modo se lia la avena?

Pues mi padre liábala así:

Aquí se hace la rueda sumamente
divertida, porque las señoras rodean
su pañuelo ó su chal al cuello de los
caballeros para imitar la accion de

liar los manojos de avena, los caballe-
ros por su parte lian la avena pasando
el brazo alrededor del cuello de las
señoras.

«Y en seguida quedábase así;
Otra vuelta la rueda ha de dar
Por la avena. ¡Ay avena! ¡ay avena!
¡Cuánto anhelo poderte trillar!»

IV.

¡Quién desea saber y escuchar

De qué modo se trilla la avena?

Pues mi padre trillábala así:»

¡Cuidado con los golpes! porque
entónces las señoras empiezan á des-
cargar puñetazos en las espaldas de
los caballeros que se hallan á su lado,
para imitar la trilla de la avena.

MALA COMPAÑIA.

CONCLUSION.



a comida hacia largo tiem-
po que estaba digerida; y
llegada la tarde se sintie-
ron con hambre. Pero no tenían na-
da para calmarla. Su espanto se au-
mentó cuando supieron que ningun
tren marchaba ya hácia su aldea, en el
que pudiesen otra vez viajar de balde.
Así es que no tuvieron más remedio
que ponerse en marcha á pié.

¡Ah! este era un viaje triste. Por
una parte la acusadora conciencia, por
otra los tormentos del hambre, y ade-

más los piés lastimados é hinchados.
José y Pablo, que eran los más fuer-
tes y estaban acostumbrados á andar,
dejaron atrás á los pobres seducidos,
abandonados á su propia suerte.

Estos llegaron á casa á media no-
che muertos de hambre y de cansan-
cio. Sus familias se hallaban en gran
cuidado por ellos. Habian sabido por
Ricardo la mala compañía con que
ellos habian salido por la mañana, y te-
mian les hubiera sucedido alguna des-
gracia. Las cuidadosas madres les te-
nian á ambos la cena reservada, pero

antes que se sentaran se les dió primero una buena zurra. Y cuando á la siguiente mañana despertó Jacob, recibió otra segunda tocata, porque la madre habia encontrado en sus bolsillos una pipa.

Desde entónces no hubo libertad para Jacob. El severo padre observaba todos sus pasos, y solo se le permitia salir en compañía de Ricardo. El se arrepintió sinceramente de su locura, é hizo propósito de no seguir más á los locos muchachos. La medida de su castigo no estaba todavía colmada, pues aun debia venir lo más amargo; porque cada pecado arrastra tras sí una multitud de males y daños.

Jacob y Ricardo tenian un anciano tío en Sevilla, que era su padrino. Este era muy rico. Habia convidado á sus sobrinos y ahijados para que le visitaran en las próximas vacaciones y vieran la gran feria que en esta ciudad se celebra. Naturalmente, en esta proposicion solo se comprendian los que se hicieran dignos por su aplicacion y conducta. El padre de Jacob escribió al tío la historia entera del viaje á la exposicion de fieras, y el resultado de todo fué, que Jacob debia permanecer en casa, y en su lugar iria su hermana acompañada de Ricardo que habia obtenido en el exámen la nota de sobresaliente.

Sí, esto ya era otra cosa más superior y digna de verse que un circo.

Dos meses enteros pudieron ellos permanecer con el bondadoso tío, go-

zar de la magnificencia de esta gran ciudad y admirar la feria. Ricardo aprovechó muy bien el tiempo. Apuntaba todo lo que veia, hacia observaciones, y cuando volvió á su casa, tenia un cuaderno lleno de noticias curiosas y particularidades.

Esta aplicacion y deseo de aprender agradó tanto al tío, que resolvió llevar á su sobrino á un instituto y costearle todos los estudios. Toda esta felicidad hubiera perdido si hubiera seguido á los muchachos locos.

¿DE QUÉ TIENES MIEDO?



enia una niña que queria al Señor Jesus, un hermano que se burlaba de ella porque no siempre era buena. «Pues bien,» decia ella, «si soy mala algunas veces, debo confiar enteramente en Jesus, y El me hará buena.» Un dia le preguntaron: «¿No tienes miedo del Señor cuando no has sido buena?» Y la pequeñita respondió: «¡Oh, no! cuando voy á ser mala, pienso en El, y *me infunde terror el pecado*; pero nunca tengo miedo de Jesus.»

Lector querido, ¿de quién tienes miedo, de Jesucristo que murió en la cruz para salvarte, ó del pecado que te causa pena?



LOS TURCOMANOS.

El vasto terreno que entre el mar Caspio y el Himalaya se extiende, puede considerarse como el centro del Asia. Bien poblado y cultivado en la anti-

güedad, sirve ahora de morada á varias aunque no numerosas tribus nómadas, de las que las más importantes al par que feroces son las de los Turcomanos.

Su religion es la mahometana; sus costumbres sencillas, pero bárbaras: no tienen reyes ni leyes; cada tribu ó familia está gobernada por los más ancianos, y con arreglo á las antiguas usanzas y costumbres.

Aunque el suelo es muy fértil, no se molestan en labrarlo; prefiriendo á este trabajo, que conciben como vergonzoso é indigno de un caballero, la vida errante de nómadas, ó la guerra y el rapto contra los pacíficos mercaderes que atraviesan su país.

El aspecto de una tribu turcomana, cuando con su ganado, tiendas de campaña y demás bagaje, se trasladan de un lugar á otro, es tan curioso como imponente.

Al frente de la expedicion cabalga el más experimentado guerrero, bien montado y armado desde los piés á la

cabeza, para espiar si algun peligro amenaza la comitiva; pues como viven en continúa guerra con las tribus vecinas, han de temer continuamente algun ataque imprevisto.

Sigue luego cierto número de guerreros, con el mismo ademan belicoso, y despues las mujeres y niños, montados en bueyes ó camellos, llevando consigo todo el mobiliario de sus casas, y estas mismas van depositadas en los anchos lomos de los camellos. Más bien que un tren de viajeros, parecen una ciudad puesta en camino.

Se comprende que gente que observa estas costumbres resista tenazmente á toda tentativa de civilizacion. Ultimamente los rusos lo han ensayado; pero bien caro han pagado su atrevimiento, habiendo sido batidos en diversos combates.

LOS ÁNGELES TE GUARDARÁN.



ivia un tejedor con su familia en las faldas de una áspera y bien poblada montaña. Con el trabajo de sus manos mantenía á duras penas á su mujer y á sus dos hijos; pero siempre contento y alegre daba mil gracias á Dios por todo el bien que le hacia, y ante todo por la salud y bienestar de sus hijos. Educaba á estos en el temor de Dios, y los niños aprendieron bien pronto de su querido papá á amar y á orar á su Dios.

Habian celebrado las pascuas de Navidad con gran placer y bendicion; y al dia siguiente les permitió el padre que fuesen al pueblo vecino á ver á su abuela, la cual en tales ocasiones solia agasajar á sus nietos con dulces y pequeños aguinaldos. Verdad es que tenian que atravesar un bosque bastante espeso; pero Laura, niña de 10 años, conocia bien el camino.

Llegaron felizmente á la casa de la abuela, y pasaron allá la mañana muy contentos. Por la tarde el cielo se cu-

brió de nubes, y la abuela despidió á los niños á fin de que volviesen á casa ántes de que estallara alguna tempestad. A Laura dió una rueca para su madre que deseaba hilar. Una vez en el camino, comenzó á nevar, cayendo los copos con tanta abundancia, que pronto desapareció el sendero.

La intrépida Laura prosiguió, no obstante, su camino, llevando á su hermanito Federico de la mano. Pero despues de andar bastante tiempo, llegó á comprender que habia perdido la direccion, porque en vez de llegar á casa, se internaban más y más en la espesura del bosque.

Federico, rendido por el cansancio, comenzó á llorar. En vano le daba su hermanita para animarle de las ciruelas que les habia regalado la abuela. No podia andar más, sus piernecitas temblaban. En tal apuro Laura descubrió un abeto cuyas ramas se inclinaban casi hasta la tierra; el suelo estaba seco por debajo y lleno de musgo. Colgó la rueca en una de las ramas, y sentándose ambos bajo el árbol, suplicaron á su Salvador les recogiera y entendiera sus alas sobre ellos para protegerles.

La ventisca cada vez más fuerte amontonó la nieve alrededor del abeto, hasta que los niños quedaron en un recinto bien abrigado y cubierto, que el cariñoso Dios les habia preparado.

Mientras tanto el padre aguardó á los niños con impaciencia; pero luego, viendo que no llegaban, se tranquilizó,

pensando que se habrian quedado en casa de su abuela, y que esta no les permitiria salir con aquella tempestad.

Cuando al siguiente dia el cielo se despejó, fué al pueblo á buscarlos. ¡Pero cuál sería su espanto al hallar que los niños no estaban con su abuelita! Recorrió la aldea pidiendo socorro, y todos los vecinos salieron al bosque á buscar á los niños. En vano: la nieve cubria toda huella; al anocheecer encendieron hachas y continuaron sus pesquisas.

El infeliz padre rogaba á Dios sin cesar, que le devolviese sus queridos hijos; ya el dia iba á terminar, cuando descubrió en las ramas de un abeto la punta de una rueca, casi cubierta de nieve. Se acercó, examinó el lugar, y encontró á sus hijos salvos y alegres en aquella casita de nieve que su Dios les habia preparado.

Dos dias y dos noches habian permanecido allí sentados pasando el tiempo en recitar los himnos é historias que habian estudiado en el colegio; alimentándose de las ciruelas y pasteles de su abuelita, y orando que Dios les librara. Ni los numerosos lobos que habitaban el bosque, ni el frio, les habian dañado. La primera palabra que pronunció Federico al ver á su padre, fué: «Papá, tengo mucha hambre.»

Así protege Dios á los niños que oran: manda á sus ángeles para que les cubran con sus alas y les salven de todo peligro.





Ca - ma - ra - das! en los cie - los Ved la en - se - ña ya. Hay re - fuer - zos;



nues - tro el triun - fo, No du - deis, se - rá. «¡Es - tad fir - mes, yo voy pron - to!» Cla -

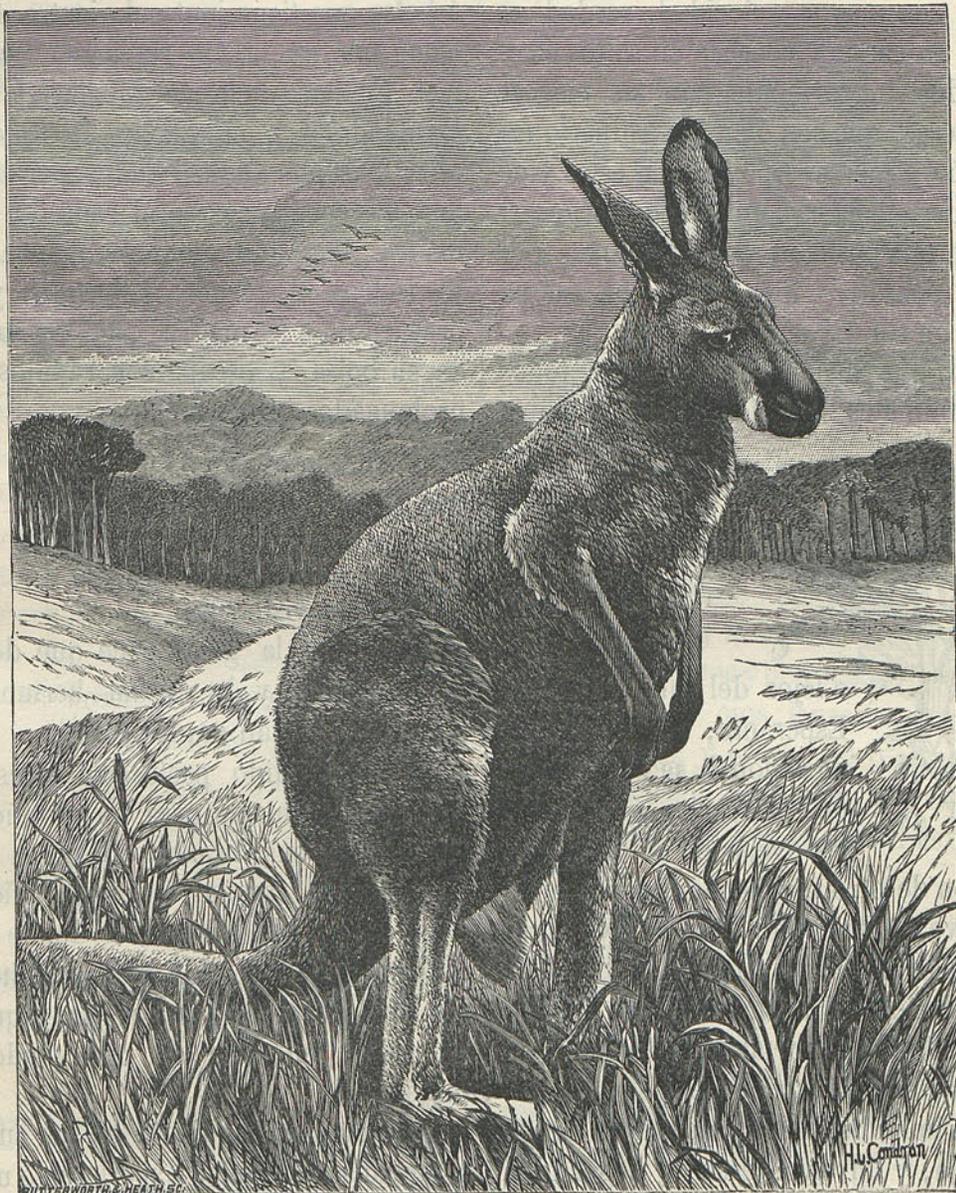


ma el Sal - va - dor. Sí, es - ta - re - mos por tu gra - cia Fir - mes con vi - gor.

2. Nada importa nos asedien
Con rugiente afán
Las legiones aguerridas
Que ordenó Satan.
No os arredre su coraje,
Ved en derredor
Cómo caen los valientes
Casi sin valor.
3. Tremolando se divisa
El marcial pendon
Y se escucha de las trompas
El guerrero son.

En el nombre del que viene
Fuerte capitan
Rotos nuestros enemigos
Todos quedarán.

4. Sin descanso ruda sigue
La furiosa lid.
¡Sus amigos! ya cercano
Ved nuestro adalid.
Viene el Cristo con potencia
A salvar su grey:
Camaradas, ¡alegría!
¡Viva nuestro Rey!



EL CANGURO.

En la Australia ú Oceanía hay animales tan singulares, que no se parecen á ninguno de los de los otros continentes.

El mayor de todos es el canguro, que se podría llamar la liebre de Australia; pero es tres ó cuatro veces mayor que la liebre comun, y corre

aún con mayor velocidad; verdad es que su carrera consiste en saltos efectuados mayormente con las piernas traseras, que son de extraordinario tamaño y fuerza. Apoyado en estas y en la fuerte cola es como suele descansar; y en esta posición, con su ademán triste y pensativo, más parece una estatua que un ser viviente.

Lo que más le distingue de todos los animales conocidos es la marsupia

ó bolsa que tiene junto al vientre, formada por un hondo repliegue de la piel. En esta mete sus hijuelos, amantándolos y criándolos hasta que están bastante desarrollados para comer la yerba y correr al lado de su madre. Pero aún entónces, en cuanto sospechan el menor peligro, huyen presurosos á su madre; esta los mete en su bolsa, y escapa con rápidos y prolongados brincos.



EL PASTORCITO NEGRO.

o léjos del cabo de Buena Esperanza, en el Africa meridional, se encontraba un pastorcito guardando las ovejas en el campo en unión de otro muchacho que poseía un Nuevo Testamento. Este le leyó algunos párrafos del Evangelio, entre otros la relación del nacimiento de nuestro Salvador en el portal de Betlehem. Con gran atención escuchó el pequeño pagano la lindísima historia que su amigo le leía, y un vivo deseo de llegar á ver á este precioso niño y hacerse su amigo, se apoderó de su corazón.

«¿Puedo ver al niño Jesús envuelto en pañales y recostado en un pesebre?» preguntó lleno de curiosidad á su compañero.

«Sí,» le contestó el otro muchacho; «en la capilla de la mision está.»

«¿Le has visto tú?»

«Nó, pero la gente dice que dentro se halla, y le cantan hermosos himnos y hablan mucho de Él.»

El sorprendido pastorcito se resolvió á ir á la mision para ver al niño y tenerle en sus brazos. Después de recorrer un camino largo y difícil, llegó un sábado á la aldea donde se hallaba la capilla. Allí encontró hospitalaria acogida y asilo para aquella noche en casa de una piadosa mujer.

A la mañana siguiente fué al culto acompañado de ella. Experimentó una gran alegría al oír el melodioso canto y las palabras del misionero á quien miraba con la mayor atención. Este, al oír la Biblia, escogió para texto de su predicación precisamente el mismo capítulo que le había leído su compañero sobre el niño de Betlehem, en el evangelio de S. Lucas. El pastorcillo

miraba por todos los rincones de la capilla con la esperanza de ver al majestuoso niño. Repentinamente divisó uno con cabello rubio, ojos azules y hermoso rostro. «¡Oh! este es el que yo deseaba ver,—se dijo á sí mismo,—por fin le he encontrado.»

Al terminarse el culto, contó el muchacho lleno de gozo á la mujer que le habia hospedado en su casa, que él habia visto al Salvador. Al principio no sabia ella lo que él queria decir; mas pronto descubrió su error. El niño de ojos azules pertenecia al misionero; era un hijo de este. Pero la piadosa señora le contó quién fué el niño Jesús, los milagros que hizo despues siendo hombre, lo perseguido que fué por la humanidad, su muerte afrentosa en una cruz por salvarnos, su resurreccion y su gloria á la diestra de Dios padre.

El pastorcito lo creyó de corazon, tuvo amor á su Salvador, y habló desde entónces con él en sus oraciones por más que nunca le pudo ver.

EL PEQUEÑO ITALIANO.

Los acordes de un organillo sonaron en la calle. Como ordinariamente sucede, se habian juntado muchos niños curiosos en derredor del pequeño italiano, á fin de escuchar la alegre música. Ellos, con este aliciente, no echaron de ver el triste semblante del



muchacho extranjero. Empero desde la ventana de una casa cercana miraba un caballero, cuya atencion llamó no tanto la música, cuanto el aspecto del niño.

Este tenia un hermoso rostro lleno y redondo aunque algo tostado por el sol, el viento y la intemperie; y sombreado de negros y hermosos rizos. Sin embargo, sus ojos lanzaban miradas melancólicas; y en su rostro se notaba cierta espresion de tristeza que correspondia mal á las alegres melodías de su organillo.

Cuando hubo acabado su tocata y se disponia á cargar con el pesado instrumento, le llamó á su casa el caballero que estaba asomado á la ventana. Era este un famoso pintor, el cual habia residido largo tiempo en Italia, y por tanto entendia bien la lengua italiana. Alegrementé sorprendido oyó el muchacho que le hablaba en su lengua nativa. Animado por la exhortacion del compasivo caballero, le contó entónces la triste historia de su vida.

Cárlos tenia por nombre, y era huérfano. Un hombre perverso le habia seducido juntamente con otros niños con halagüeñas promesas, y les habia llevado

fuera de su pais natal. Ahora se veian obligados á ganar el sustento en las ciudades extranjerias tocando y mendigando, y por la noche á volver á un miserable meson y entregar á su cruel maestro el dinero que habian recibido durante el dia de los compasivos transeuntes. Cuando los pobres niños no traian tanto como el viejo esperaba, eran castigados y terriblemente maltratados. Carlos especialmente tenia que sufrir las crueldades de este malvado, porque le repugnaba mucho pedir descaradamente, y traia de ordinario ménos que los otros.

Era, pues, natural que estuviera tan triste. Le habia costado una enfermedad el ánsia y el deseo de volver á su hermosa patria y morir allí para ser enterrado al lado de sus padres. Pero no abrigaba esperanza alguna de volver jamás, pues no se atrevia á decir nada á su cruel amo, y á nadie habia encontrado que le entendiera y á quien él pudiera manifestar su pena. Mas el buen pintor le entendió; y no solo por saber el italiano, sino por la semejanza de precedentes. Tambien él habia recorrido un dia las calles como un pobre huérfano, hambriento y yerto.

Movido á compasion, le mandó que-

darse con él; dióle una comida tan buena como Carlos no la habia tenido nunca en su vida, y quitándole los trapos y andrajos de que estaba vestido, le puso un traje de su propio hijo, que era casi de la misma edad. Carlos, bien lavado, peinado y vestido, apenas se parecia al pobre mendigante que recorria las calles tocando y cantando.

Tanto gustó á su bienhechor el cambio operado, que se puso en seguida á retratarle. Y seguro que al mirar su retrato, no os figurareis la deplorable suerte que ha tenido que sufrir por tantos años. Su semblante no es ya triste y melancólico, sino alegre y lleno de esperanza. Mira á su bienhechor, entre dudoso é interrogante, como si no creyera aun la inesperada felicidad que le rodea.

El caballero le dijo que para concluir una obra marcharia pronto á Italia, y le llevaria consigo. La alegría que llenó el corazon del muchacho con esta noticia, facilmente se comprende. Desde entonces permaneció con el pintor y fué su criado; y no tengo necesidad de decir os cuán facil y agradable le seria servir á su bienhechor.



EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION:—Por un año: en Madrid 8 reales, en provincias 10 reales.
Se suscribe en la Administracion, Libreria Nacional y Extranjera, Madrid, Calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID, 1880.—Imp. de J. Cruzado, Peñon 7.